

**“ESPERANZAR”
en tiempos
de incertidumbre**



El murmullo

Alentar la “pequeña esperanza” en este tiempo tan incierto.

Desde nuestra realidad atravesada por una violencia sistémica, falsas democracias que buscan callar a quienes quieren alzar la voz en defensa de la vida, en medio de grandes desigualdades de todo tipo, desequilibrios sociales, desgracias ambientales y agotamiento de este pequeño planeta en el que vivimos; aferrarnos, alentar y sostener la esperanza de un mañana mejor para todos y todas, es todo un acto de insurrección y trasgresión frente a un orden mundial que prima al más fuerte.

En el boletín “**El murmullo No. 8**” no queremos exponer un gran discurso de lo que es la esperanza, queremos que sea un compartir desde el corazón, desde lo más ordinario de la vida, lo que nos va sosteniendo en el camino para seguir luchando cada día esperanzadamente, por un mañana mejor. Queremos unirnos a las voces que nos llegan de muchos lugares, para decir alto y claro que la esperanza, aunque pequeña, sigue presente y es capaz de aportar una vía de futuro a la historia en estos tiempos tan inciertos en los que vivimos.

“**Desde otras miradas**” nos acercamos a las experiencias de vida que nos invitan a acoger la esperanza como el camino para pasar del esperar al esperar. Y ante una realidad tan incierta la esperanza se vuelve un canto que nace de las entrañas, se transforma en danza, pregunta empujando secretamente una vida.

“**El ayer y el hoy**” de la esperanza se cruzan en cada gesto de dignidad, en cada comunidad que no se resigna, en cada creyente que se atreve a vivir la fe como si el Reino estuviera naciendo ya, en medio de este mundo roto y hermoso

Y en “**primera persona**” agradecemos que amigos, amigas, gente de “a pie” nos compartan las motivaciones por las cuales su esperanza en medio de esta realidad tan contradictoria se mantiene y fortalece, y las anima en sus luchas cotidianas.

No queremos olvidarnos de todo el dolor y sufrimiento que está padeciendo en este momento Palestina (Gaza), nos unimos a la voz del mundo que clama por la paz y el fin de este genocidio.

La esperanza continúa alentando la vida, la resistencia, el cuidado. Ella nos mueve desde los diversos ambientes, redes y colectivos a mantenernos en la lucha por una justicia global capaz de transformar estructuras, proponiendo otros paradigmas de convivencia, valoración y respeto entre las personas. Porque la esperanza, aunque “pequeña” y “débil” es capaz de romper los muros de la desesperanza. Confiando en “otro mundo es Posible”, un mundo donde las voces olvidadas recobren dignidad, donde la justicia abraza a quienes más sufren ■

Apostólicas del
Corazón de Jesús

www.apostolicas.org

Círculo de comunicación

Rosa Cuba,
Concepción Mejía,
Cecilia Prudencio,
Vero Hernández,
Teodora Arranz.

Colaboran en este número

Eduardo Escobes (España)
Ricardo Peña (México)
Amigos/as angolanos

Síguenos en:





La esperanza del verbo “esperanzar” se cocina, con amor, con fe, con lucha...

▲ Eduardo Escobes, padre de familia. Laico de espiritualidad ignaciana y miembro de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX)

Hay palabras que suenan gastadas de tanto usarlas sin alma. “Esperanza” es una de ellas. La escuchamos en discursos, en canciones, en sermones... pero muchas veces se queda en eso: en palabra bonita, en consuelo fácil, en adorno de última hora cuando no sabemos qué más decir. Sin embargo, la esperanza -la de verdad- no es un tranquilizante ni un simple deseo. Es una fuerza terca, una decisión que se renueva cada día, incluso cuando todo alrededor parece decir lo contrario.

Antes, la esperanza se imaginaba como algo que venía “de arriba” o que habría que esperar para “el más allá”. Nos enseñaron a aguantar, a sufrir con paciencia, a no protestar demasiado porque “Dios proveerá”. Y sí, Dios provee, pero no sin nosotros/as. Hoy estamos redescubriendo que la esperanza no es cruzarse de brazos, sino arremangarse. No es callar, sino cantar y gritar cuando hace falta. No es esperar que el cielo caiga, sino abrir la tierra y sembrarla.

El teólogo Javier Vitoria nos recordaba hace poco que la esperanza no es solo algo que se bebe, como alivio o consuelo. También es algo que se cocina. Día a día. Con otras. Con lo que hay. A veces con ingredientes escasos, con poco fuego, con cansancio acumulado... pero se cocina. Y cuando se cocina así, con amor, con fe, con lucha, lo pequeño alimenta. Y da fuerza para seguir.

También Paulo Freire decía con sabiduría: no basta tener esperanza del verbo *esperar*. Lo que necesitamos es esperanza del verbo *esperanzar*. Porque esperar es quedarse quieta. *Esperanzar* es ponerse de pie, caminar,

juntarse, organizarse, resistir. *Esperanzar* es hacer lugar a futuros que aún no llegaron, pero que ya están empujando la historia desde abajo, desde dentro, desde los márgenes.

En tiempos donde la incertidumbre nos rodea -la guerra, el cambio climático, las desigualdades, el cansancio de tanta lucha-, parecería más fácil resignarse o encerrarse en uno/a misma. Pero no. La esperanza cristiana es otra cosa. Es resistencia activa. Es amor que no se cansa. Es fe que no se rinde, es una esperanza que “interrumpe el presente” y se empeña en anticipar otro futuro, justo para las que hoy no lo tienen. Para las descartadas/os. Para quienes sobran en los cálculos del mundo.

Hoy necesitamos esa esperanza inquieta y comprometida. Esa que se niega a acostumbrarse a la injusticia. Esa que mira a los ojos de quien sufre y no aparta la mirada. Esa que se pone manos a la obra, aunque sea con temblor.

El ayer y el hoy de la esperanza se cruzan en cada gesto de dignidad, en cada comunidad que no se resigna, en cada creyente que se atreve a vivir la fe como si el Reino estuviera naciendo ya, en medio de este mundo roto y hermoso. Porque como bien se dijo, “la realidad depende de nuestra esperanza”. Y si no la cocinamos juntos, con nuestras palabras, con nuestras luchas y hasta con nuestros silencios, nadie lo hará por nosotras. *Esperanzar* es lo que queda cuando todo parece perdido. Y también lo que empieza cuando todavía no ha llegado lo nuevo... pero ya se siente ■



Esperanza en tiempos de incertidumbre

En tiempos difíciles, no permitamos que la esperanza nos sea despojada



¿Quién es Ricardo?

Coordinador del programa de Voluntariado Mx Hospitalidad y Solidaridad. Licenciado en Comunicación Pública por la Universidad de Guadalajara.

“He tenido la oportunidad de comprender y acompañar el camino de las personas en movilidad desde diversos espacios de la sociedad civil, el periodismo y el quehacer fotográfico”.

Ricardo Peña, Tapachula, México.

Con terquedad... ante un mundo en crisis, la esperanza siempre será el camino. Y lo digo con convicción, pasar del esperar a esperar nos permite movernos, conectar con otras personas desde una perspectiva humana, construir la fe, la acción política, el cambio social y la añoranza de que las cosas pueden ser mejores para todas y todos.

Lamentablemente los tiempos contemporáneos son cada vez más complejos: las violencias se incrementan, las guerras destruyen territorios, desplazan y desaparecen personas, el racismo y el sexismo se encrujecen, el medio ambiente agoniza, los Estados y sus políticas priorizan el desarrollo de unos y unas cuantas, desprotegen a las personas, vulneran derechos... y así nos podemos ir hacia el infinito, principalmente, en los sectores más vulnerados de los países del sur global. En el cotidiano de miles de millones de personas, la vida pende de un hilo.

Como sociedad ¿qué hacemos con esto? ¿cómo nos posicionamos ante estas injusticias? ¿qué valor le damos a nuestras vidas? ¿qué papel jugamos en estas dinámicas?

Considero que no basta con comprender y observar el mundo que habitamos, sino que todas y todos podemos sumar esfuerzos para transformar el mundo comenzando desde nuestros territorios, nuestras localidades, nuestra comunidad, a nosotras y nosotros mismos. De manera realista, desgraciadamente los cambios no están “en uno mismo”, ni se dan de un día para otro, pues existen una serie de estructuras materiales, sociales e históricas que nos limitan; sin embargo, el motor principal para generar impactos en nuestra vida cotidiana siempre será esperar, pasar del esperar a que los cambios sucedan, a trabajar hombro a hombro con nuestras amigas, amigos, vecinos, nuestra familia, etc.

Existen tantos espacios en los que podemos involucrarnos, el trabajar para atender las necesidades de las personas migrantes, refugiadas, personas sobrevivientes de distintas violencias, apoyar a colectivos de búsqueda de personas desaparecidas, el sumarnos a iniciativas comunitarias, educativas, artísticas, donar alimentos, recursos, ropa, participar en espacios de defensa del territorio y de la vida, colectivos urbanos, por poner algunos ejemplos.

Siempre podemos hacer algo, informarnos, discutir, organizarnos, compartir, acompañar, sensibilizar. En medio de estos tiempos difíciles e inciertos, podemos perderlo todo, pero no permitamos que la esperanza nos sea despojada, pues esta nos hace ser lo que somos... seres humanos ■



“¿Cómo voy agradecer por tanto bien que se me ha regalado?”

Cecilia Prudencio Chávez, A.C.J., Angola.

Desde niña aprendí que el mañana es una promesa, un sueño que podíamos ir construyendo cada día. Aprendí como latinoamericana que la revolución no era un sueño sino una conquista. Aprendí con los mayores que todo cuanto haces es para que un día los más jóvenes tengan oportunidades de un mundo mejor.

Al llegar a Angola hace 12 años y constatar que también el presente, el hoy no es seguro, me provocó preguntas, dudas, me impulsó a la escucha, al diálogo, a la búsqueda. En este camino he tenido la suerte de encontrar gente maravillosa con la cual hemos ido poniendo palabra a aquello que nos visitaba cada día.

Angola es un país donde la mayoría de la gente vive en situación de extrema pobreza (según datos oficiales estimada en 54 %, es decir, más de 5 de cada 10 personas en Angola es multidimensionalmente pobre), donde el hambre ha alcanzado a muchas familias (79,2 %), donde la falta de empleo (30,8 %), que permita una vida con un mínimo de condiciones, es el pan nuestro de cada día de muchos jóvenes, donde los diplomas solo sirven para embellecer paredes y no para desarrollar la capacidad creadora de las personas, donde el poder político se torna un señor todo poderoso que decide por medio de

sus políticas no garantizar los derechos básicos de la gente con la educación, la salud, habitación. En un país donde de tiempo en tiempo ves cómo los poderosos del mundo desfilan por sus calles como rapiñas en busca de recursos (petróleo, diamantes, litio, agua) que puedan ser explotados bajo capa de cooperación y ayuda al desarrollo, todo este escenario resulta aplastante y groseramente inhumano.

Y sin embargo, por muchos rincones del país escuchar un canto permanente, un canto que es una pregunta, cargada de esperanza “¿cómo voy agradecer por tanto bien que se me ha regalado?”, un canto que nace de las entrañas, un canto que es un sonido que se transforma en danza, una pregunta que recurre al cuerpo para expresarse, entonces comprendes que hay una esperanza mayor (a tan pequeña) que empuja secretamente la vida de muchos angolanos y angolanas que no se conforman con ese sistema político, económico y social que los quiere condenar permanentemente al olvido. Es un pueblo, que ahonda en su historia, en sus raíces, en sus ancestros, en esa sabiduría antigua que corre por sus venas aunque los poderosos se empeñen en hacer perder esa memoria ■



Esperanza en tiempos de incertidumbre

Hemos salido a las calles y preguntado a un grupo de gente angoleña qué significa para ellos y ellas vivir con esperanza en tiempos de incertidumbre.

▲ Celia Prudencio Chavez, ACJ. Angola.

● Luaty Beirão

Creo que la palabra «incertidumbre», en sí misma, resume parte de la respuesta. La incertidumbre es no tener aún la convicción de que las cosas están perdidas o condenadas, que hay margen para mejorar y, sintiendo que tenemos las herramientas, nos queda medir las fuerzas que tenemos para usarlas. La historia de cómo elegimos ver el vaso (medio vacío o medio lleno), o nosotros, o nuestra mente. Por ahora, inconscientemente, he optado por verlo medio lleno, pero es un equilibrio muy frágil y, en un instante, podemos pasar de lo que parece ser una fuerza para luchar a su opuesto, una profunda apatía causada por varias capas de engaños acumulados. Ver que todavía hay gente que cree también ayuda un poco en el proceso. Las palabras y los pensamientos de quienes han recorrido los caminos espinosos antes que nosotros también son parte del combustible.

● Lourdes Benguela

La certeza de que la vida siempre vale la pena. La esperanza de que mi hija pueda vivir en una sociedad mejor, en la que se respeten sus derechos como persona y, sobre todo, como mujer.

● Lúcia Aragão

Lo que me hace tener o vivir con esperanza en tiempos de incertidumbre: Mi familia; la certeza de que mientras haya vida hay caminos posibles; hace tiempo que he aprendido a diferenciar la «zona de acción» de la «zona de control». Básicamente, se trata de saber diferenciar lo que está dentro de mi zona de influencia o control y lo que no lo está. A partir de ahí, aceptar que lo que no tiene remedio, remedio no tiene. Y trato de asumir un sentido de compromiso conmigo mismo y con aquellos que creen en mí. Si hay que hacerlo, lo haremos.



● Marieta Gomes

Es pensar que: Puedo adaptarme al momento, mañana será mejor que hoy. La vida es un reto, tengo que luchar por ella el futuro depende del presente. Todo se resuelve en el momento adecuado; cada día es un momento único y vivo. La incertidumbre me ayuda a pensar en las diversas posibilidades y oportunidades que me brinda la vida para hacer las cosas de otra manera.

● Leopoldina Fakayame

Es ver manifestaciones de amor. Creo que es lo único que siempre me devuelve la esperanza. Cuando veo a personas siendo amorosas, siendo empáticas, me calienta el corazón y me hace creer que las cosas no están perdidas. Creo que si aún somos capaces de ser amorosos unos con otros es porque aún podemos luchar también unos por otros, luchar por un mundo mejor para todos.

● Paulo Sebastião

Me inspira mi propia historia de vida; la creencia de que hay más allá de lo obvio y porque creo que no nací para estar condenado al fracaso.

● Loraine Panela

Para mí, es difícil responder a esa pregunta, ya que creo que, en los últimos tiempos, las incertidumbres han sido mayores y más constantes que las «certezas». Pero, como



creo en un ser supremo, Dios, y que nuestra vida es consecuencia, influye e influida por vidas pasadas y futuras, me aferro a la esperanza de que nosotros, los seres humanos, tenemos la capacidad de adaptación y resiliencia.

Vivimos, encontramos y seguiremos viendo nuevas formas de afrontar los retos, donde la historia demuestra que las crisis impulsan la innovación, la solidaridad y la transformación social.



● Filipe Candido

Lo que me hace o me anima a vivir con esperanza en tiempos de incertidumbre, como cristiano, es la fe, una fe basada en un propósito de vida, en que, incluso viviendo momentos de incertidumbre y diversidad, hay un propósito mayor en la vida que me hace creer que, superando este momento de incertidumbre, tengo fuerzas basadas en Dios, que lo conseguiré.

Porque nuestra vida se basa en un propósito, tenemos incertidumbre, porque no conocemos el futuro, el mañana incierto, pero para Dios es cierto, cuando decimos que para Dios es cierto es porque tenemos esa fe y, al tener esa fe, tenemos la esperanza de que los sueños que llevamos dentro, los propósitos que tenemos, sean posibles de alcanzar, porque tenemos a alguien que nos asegura y nos apoya, que es Dios, y con nuestra determinación, compromiso y dedicación, tenemos la fuerza suficiente para mover montañas. Hay unas frases que dicen: «la fe mueve montañas»; «la fe supera barreras» ■

PASO A LA ESPERANZA

Frente a la oscuridad, que nuestra brújula sea la esperanza.

Hace más de un año, que el mundo es testigo de un grado inconcebible de muerte y destrucción en la Franja de Gaza ocupada. El brutal ataque de Israel contra la población palestina ha matado a decenas de miles de personas, borrado de la faz de la tierra a familias enteras.

Ante esta realidad desoladora, hasta hoy, sin precedentes, el papa León XIV sigue haciendo un llamamiento constante a construir la paz. Espero, dice, gestos concretos por una paz desarmada.

Sin embargo, hoy, tengo la sensación, de que la utopía no ha muerto, que sigue abriendo rendijas de luz en esta distopía que amenaza con devorarnos, porque frente a titulares aciagos que nos vociferan el final, saltan noticias que nos susurran que hay vida bajo las piedras, que el mapa de los sueños sigue vivo, que hay esperanza. Susurros, sí, pero que logran hacerse oír tras el grito.

Porque es alentador ver cómo, día tras día, las carreteras por donde transita la Vuelta ciclista, se llenan de banderas de Palestina, banderas de lucha y esperanza, cómo el mar se llena de flotillas como la "La Flotilla Global Sumud" compuesta por decenas de embarcaciones que transportan activistas propalestinos con el objetivo de romper el bloqueo naval impuesto por Israel sobre Gaza y entregar alimentos y suministros humanitarios. El Encierro de Educación contra el genocidio, exigiendo al gobierno, un real decreto, sobre el embargo de armas a Israel..., muchos países del mundo, unidos en un mismo grito de lucha y dignidad

Hay mucha gente grandiosamente menuda, que transita por las calles diariamente, llevando al hormiguero de la esperanza, su grano, su semilla de dignidad y justicia, de paz. Éstas, una a una, harán que el invierno sea menos crudo, que se preserve el advenimiento de una primavera a la que no podemos ponerle fecha, pero que sabemos vendrá. Su llegada será costosa, pero me nace la alegría de la esperanza cuando veo a personas, gigantes en dignidad, interrumpir el paso, gritando "¡Viva Palestina libre!" cuando en la plaza de un pueblo las velas alumbran el dolor y la denuncia por el genocidio, por la hambruna programada en el menú del sionismo; cuando artistas e intelectuales unen sus voces para exigir el final de este terror.

Porque la lucha por y de Palestina es la nuestra, la de todas/os más que nunca, porque, trágicamente, esa lucha se ha convertido en la metáfora más terrible, que amenaza tanto al planeta como a los cimientos de la humanidad, de los derechos más sagrados.

La utopía sigue viva, nunca dejará de estarlo, aunque la nube de plomo y humo, no nos deje ver sus playas. Frente a la oscuridad, que nuestra brújula sea la esperanza ■

